El collar

Aquel lugar, apacible, evitado, quedaba para mi uso exclusivo. Extramuros del cementerio reposaban los restos de los suicidas, sin familia, creyentes de otras religiones, o de ninguna. Tan solo revelados por alguna torcida tosca cruz de madera o un ribete de piedras semihundidas.

Cerré los ojos y aspiré profundo. Podía identificar cada componente de aquella sinfonía fragante: el dulce del anís, el salobre del tomillo, el almizclado de las angélicas, el melífero de las florecillas silvestres. Pasé la mano por las pimpinellas, que sobresalían al resto de aromáticas rastreras. Escuché el zumbido de las abejas. Saboreé un tallo de hinojo.

Fue al abrir los ojos cuando lo vi por primera vez, junto a la cruz de una tumba, emboscado entre romeros: un diminuto nido con cuatro crías minúsculas sin plumas. Al acercarme, se abrieron cuatro bocas enormes. Al momento, un zorzal dio varias pasadas amenazadoras sobre mi cabeza.

Me retiré prudente y excitada. No era la única que sabía apreciar la sublimidad del paraje. Nueva vida desplegándose justo encima de la ya desaparecida, a modo de alumbramiento de una naturaleza que soslayaba las diferencias entre especies.

Tal maravilla no podía provenir de nada oscuro, temible. Siempre lo había intuido. Ahora estaba segura. Sería mi lugar de encuentro con el acogedor mundo. En los momentos de tribulación y duda, gozaría de un refugio apacible, sereno, pero vital. Qué ironía. Sobre el corral de muertos se abría paso la nueva savia que prolongaba sin fin el alongado collar de la existencia.

Manuel Peris Junco